

Poesía Romántica Hispanoamericana.
- Antología -

1957

Índice general

0.1. Madrigal.	5
0.2. Villancico.	6
0.3. Silvia, por ti moriré.	7
0.4. Vuestra tirana exención...	8
0.5. Ríndeme amor el fuerte de mis ojos...	11
0.6. Madre, la mi madre.	12
0.7. A una dama.	14
0.8. En el cristal de ti divina mano...	15
0.9. Definición del amor.	16
0.10. Yo os prometí, mi libertad querida...	17
0.11. Amante ausente del objeto amado.	18
0.12. ¿Ves esa rosa que tan bella y pura...	19
0.13. Que contiene una fantasía contenta con amor decente	20
0.14. Que da miedo para amar sin mucha pena.	21
0.15. La niña descolorida.	22
0.16. La rosa de Elvira.	24
0.17. Letrilla.	25
0.18. Las quejas de su amor.	26
0.19. Yo pienso en ti.	27
0.20. ¿No es verdad ángel de amor?	28
0.21. Amar y querer.	30
0.22. Una niña menos.	31
0.23. Rimas.	33
0.24. Los mejores ojos.	35
0.25. La niña y la rosa.	36
0.26. La última cita.	37
0.27. Date Lilia.	40
0.28. Un beso nada mas.	43
0.29. La niña de Guatemala.	44
0.30. A una dama.	46
0.31. Engarce.	47
0.32. A Berta.	48
0.33. A Inés.	49
0.34. Deseo.	50
0.35. Invitación al amor.	51

0.36. El lunar.	53
0.37. Ónix.	54
0.38. Cuando sepas hallar una sonrisa.	56
0.39. Oceánida.	58
0.40. La niña de la lámpara azul.	59
0.41. Mañana de luz.	60
0.42. El elogio de la amada.	61
0.43. Misterio.	62
0.44. Soñé que tú me llevabas...	63
0.45. Huye del triste amor, amor pacato...	64
0.46. Voto.	65
0.47. ¡Mañana de primavera!	66
0.48. Copos de espuma.	67
0.49. Fue en un jardín.	68
0.50. Canción de la amada en trusa.	69
0.51. Nupcial.	71
0.52. El alma tenías...	72
0.53. La casada infiel.	73
0.54. Soneto.	75
0.55. Vergüenza.	76
0.56. ¿Conoce alguien el amor?	77
0.57. El reino de las almas.	79
0.58. Sonatina.	80
0.59. Caso.	82
0.60. El día que me quisieras.	84
0.61. Tan rubia es la niña, que...	86
0.62. Gratia Plena.	87
0.63. El beso.	88
0.64. Alma venturosa.	89
0.65. La máscara japonesa.	90
0.66. Luz.	91
0.67. La hora.	92
0.68. El dulce milagro.	93
0.69. Rumbo.	95
0.70. Alusión a los cabellos castaños.	97
0.71. Visión.	99

0.1. Madrigal.

Ojos claros, serenos,
si de un dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis, airados?

Si cuanto más piadosos,
más bellos parecéis a aquel que os mira,
no me miréis con ira,
porque no parezcáis menos hermosos.

¡Ay, tormentos rabiosos!
Ojos claros, serenos,
ya que así me miráis, miradme al menos.

Gutierre de Cetina. († 1560)

0.2. Villancico.

*Veante mis ojos
y muérame yo luego,
dulce amor mío
y lo que yo mas quiero.*

A trueque de verte
la muerte me es vida,
si fueres servida
mejora mi suerte:
que no será muerte
si en viéndote muero,
*dulce amor mío
y lo que yo mas quiero.*

¿Dó está tu presencia?
¿Por qué no te veo?
Oh cuánto un deseo
fatiga en ausencia.
Socorre, paciencia,
que yo desespero
por el amor mío
y lo que yo mas quiero.

Jorge de Montemayor (1520?-1561)

0.3. Silvia, por ti moriré.

Silvia, por ti moriré,
y sólo quiero de ti
si preguntaren por mí
que digas: “Yo le maté”.

Si tú confieras la culpa
bien mereces mi perdón,
pues está en tu confesión
mi venganza y mi disculpa:
venganza, yo sé de qué
pues todos huirán de ti:
disculpa verás en mí
si dices: “Yo le maté”.

Ambos ganamos victoria,
yo en darla y tú en ganalla:
¿quién vió en tan corta batalla
tantos misterios de gloria?
en mí de constancia, y fe,
en ti de matarme así,
mayores en mí y en ti
si dices “Yo le maté”.

Gregorio Silvestre (1520-1561)

0.4. Vuestra tirana exención...

Vuestra tirana exención,
y ese vuestro cuello erguido
estoy cierto que Cupido
pondrá en dura sujeción.

Vivid esquivas y exentas,
que a mi cuenta
vos serviréis al amor,
cuando de vuestro dolor
ninguno quiere hacer cuenta.

Cuando la dorada cumbre
fuere de nieve esparcida,
y las dos luces de vida
recogieren ya su lumbré;
cuando la arruga enojosa
en la hermosa
frente y cara mostrare,
y el tiempo que vuela helare
esa fresca y linda rosa;
cuando os viéredes perdida,
os perderéis por querer,
sentiréis que es padecer
querer y no ser querida.
Diréis con dolor, señora,
cada hora:
¡Quién tuviera, ay, sin ventura,
o ahora aquella hermosura
o antes el amor de ahora!

A mil gentes que agraviadas
tenéis con vuestra porfía,
dejaréis en aquel día
alegres y bien vengadas.
Y por mil partes, volando,
publicando
el amor irá este cuento,
para aviso y escarmiento
de quien huye de su bando.

¡Ay, por Dios, señora bella,
mirad por vos, mientras dura
esa flor graciosa y pura,
que el no gozalla es perdella!
Y pues no menos discreta
y perfecta
sois que bella y desdeñosa,
mirad que ninguna cosa
hay que a amor no esté sujeta.

El amor gobierna el cielo
con ley dulce eternamente,
¿y pensáis vos ser valiente
contar él acá en el suelo?
Da movimiento y viveza
a belleza
el amor, y es dulce vida;
y la suerte más válida,
sin él es triste pobreza.

¿Que vale el beber en oro,
el vestir seda y brocado,
el techo rico labrado,
los montones de tesoro?
¿Y que vale, si a derecho
os da pecho
el mundo todo y adora,
si a la fin dormís, señora;
en el solo y frío lecho?

Fray Luis de León (1527-1591)

0.5. Ríndeme amor el fuerte de mis ojos...

Ríndeme amor el fuerte de mis ojos
desde los más hermosos de la tierra,
y ofreciéndome paz y dando guerra,
ornan su bello carro mis despojos.

Y con los encendidos rayos rojos
que por los ojos en el alma encierra,
tal vez mis males con su luz destierra
y tal vez acrecienta mis enojos.

Yo, de mi bien y de mi mal contento,
el que me acaba dulcemente sigo,
con las cautivas caras prendas mías.

Y es el tirano crudo tan violento,
que porque no me opongo a sus porfías,
trata mi fe y amor como a enemigo.

Francisco de la Torre (hacia 1534)

0.6. Madre, la mi madre.

*Madre, la mi madre,
guardas me ponéis;
que si yo no me guardo
no me guardéis.*

Dicen que está escrito,
y con gran razón,
ser la privación
causa de apetito:
crece en infinito
encerrado amor;
por eso es mejor
que no me encerréis;
*que si yo no me guardo
no me guardéis.*

Si la voluntad
por sí no se guarda,
miedo o calidad:
romperá en verdad
por la misma muerte,
hasta hallar la suerte,
que vos no entendéis;
*que si yo no me guardo
no me guardéis.*

Quien tiene costumbre
de ser amorosa,
como mariposa
ira tras su lumbré,
aunque muchedumbre
de guardas le pongan,
y aunque más propogan
de hacer lo que hacéis;
que si yo no me guardo
no me guardéis.

Es de tal manera
la fuerza amorosa,
que a la más hermosa
la vuelve en quimera,
el pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies;
que si yo no me guardo
mal me guardéis.

Miguel de Cervantes (1547-1616)

0.7. A una dama.

Si Amor entre las plumas de su nido
prendió mi libertad, ¿qué hará agora,
que en tus ojos, dulcísima señora,
armado vuela, ya que no vestido?

Entre las violetas fui herido
del áspid que hoy entre lilios mora;
igual fuerza tenias siendo aurora
que ya como sol tienes bien nacido.

Saludaré tus luz con voz doliente,
cual tierno ruiñeñor en prisión dura
despide quejas, pero dulcemente

diré cómo de rayos vi tu frente
coronada, y que hace tu hermosura
cantar las aves y llorar la gente.

Luis de Góngora y Argote (1561-1627)

0.8. En el cristal de ti divina mano...

En el cristal de tu divina mano
de Amor bebí el dulcísimo veneno,
néctar ardiente ardiente que me abrasa el seno,
y templar con ausencia pensé en vano.

Tal, Claudia bella, del rapaz tirano
es arpón de oro tu mirar sereno,
que cuando más ausente dél, mas peno,
de sus golpes el pecho menos sano.

Tus cadenas al pie, lloro al ruido
de un eslabón y otro mi destierro,
más desviado, pero mas perdido.

¿Cuando será aquel día que por yerro,
oh serafín, desates, bien nacido,
con manos de cristal nudos de hierro?

Luis de Gongora y Argote (1561-1627)

0.9. Definición del amor.

Desmayarse, atreverse, estar furioso,
áspero, tierno, liberal, esquivo,
alentado, mortal, difunto, vivo,
leal, traidor, cobarde y animoso;

no hallar fuera del bien, centro y reposo,
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,
enojado, valiente, fugitivo,
satisfecho, ofendido, receloso;

huir el rostro al claro desengaño,
beber veneno por licor suave,
olvidar el provecho, amar el daño.

creer que un cielo en un infierno cabe,
dar la vida y el alma un desengaño,
esto es amor; quien lo probó, lo sabe.

Lope de Vega (1562-1635)

0.10. Yo os prometí, mi libertad querida...

Yo os prometí mi libertad querida,
no cautivaros más, ni daros pena;
pero promesa en potestad ajena
¿cómo puede obligar a ser cumplida?

Quien promete no amar toda la vida
y en la ocasión la voluntad enfrena,
saque agua del mar, sume su arena,
los vientos pare, lo infinito mida.

Hasta ahora con noble resistencia
las plumas corto a leves pensamientos
por mas que la ocasión su vuelo ampare.

Pupila soy de amor; sin licencia
no pueden obligarme juramentos.
Perdonad, voluntad, si los quebrare.

Tirso de Molina (1571-1643)

0.11. Amante ausente del objeto amado.

Fuego a quien tanto mar a respetado,
y que en desprecio de las ondas frías
pasó abrigado en las entrañas mías,
después de haber mis ojos navegado,

merece ser al cielo trasladado,
nuevo esfuerzo del sol y de los días;
y entre las siempre amantes jerarquías,
en el pueblo de luz arder clavado.

Dividir y apartar puede el camino;
mas cualquier paso del perdido amante
es quilate al amor puro y divino.

Yo dejo el alma atrás; llevo adelante
desierto y solo el cuerpo peregrino,
y a mí no traigo cosa semejante.

Francisco de Quevedo (1580-1645)

0.12. **¿Ves esa rosa que tan bella y pura...**

Ves esa rosa que tan bella y pura
amaneció a ser reina de las flores?
pues aunque armó de espinas sus colores,
defendida vivió, mas no segura.

A tu deidad enigma sea no obscura,
dejándose vencer, porque no ignores
que aunque armes tu hermosura de rigores,
no armarás de imposibles tu hermosura.

Si esa rosa gozarse no dejara,
en el botón donde nació muriera
y en él pompa y fragancia malograra.

Rínde, pues, tu hermosura, y considera
cuánto fuera rigor que se ignorara
la edad de tu florida primavera.

Pedro Calderón de la Barca (1600-1631)

0.13. Que contiene una fantasía contenta con amor decente

Detente, sombra de mi bien esquivo,
imagen del hechizo que más quiero,
bella ilusión, por quien alegre muero,
dulce ficción, por quien penoso vivo.

Si al imán de tus gracias atractivo
sirve mi pecho de doliente acero,
¿para que me enamoras lisonjero,
si has de burlarme luego fugitivo?

Mas blasonar no puedes satisfecho
de que triunfa de mí tu tiranía,
que aunque dejas burlado el lado estrecho,

que tu forma fantástica ceñía,
poco importa burlar brazos y pecho
si te labra prisión mi fantasía.

Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695)

0.14. Que da miedo para amar sin mucha pena.

Yo no puedo tenerte ni dejarte,
ni sé por qué al dejarte o al tenerte
se encuentra un no sé qué para quererte,
y muchos sí se qué para olvidarte.

Pues ni quieres dejarme ni enmendarte,
yo templare mi corazón de suerte
que la mitad se incline a aborrecerte,
aunque la otra mitad se incline a amarte;

si ello es fuerza querernos, haya modo,
que es morir el estar siempre riñendo;
no se hable mas en celo ni en sospecha,

y quien da la mitad no quiera el todo;
y cuando me la estás allá haciendo,
sabe que estoy haciendo la deshecha.

Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695)

0.15. La niña descolorida.

Pálida está de amores
mi dulce niña:
¡Nunca vuelvan las rosas
a sus mejillas!

Nunca de amapolas
o adelfas ceñida
mostró Citerea
su frente divina:
téjenle guirnaldas
de jazmín sus ninfas:
y tiernas violas
Cupido le brinda.

Pálida está de amores
mi dulce niña:
¡Nunca vuelvan las rosas
a sus mejillas!

El sol en su ocaso
presagia desdichas,
con rojos celajes
la faz encendida;
el alba en Oriente
más pálida brilla;
de cálido nácar
los cielos matiza.

Pálida está de amores
mi dulce niña:
¡Nunca vuelvan las rosas
a sus mejillas!

¡Que linda se muestra
si a dulces caricias
afable responde
con blanda sonrisa!
Pero muy más bella
al amor convida,
si de amor se duele,
si de amor suspira.

Pálida está de amores
mi dulce niña:
¡Nunca vuelvan las rosas
a sus mejillas!

Sus lánguidos ojos
el brillo amortiguan;
retiemblan sus brazos,
su seno palpita;
ni escucha ni habla,
ni ve ni respira;
y busca en mis labios
el alma y la vida...

Pálida está de amores
mi dulce niña:
¡Nunca vuelvan las rosas
a sus mejillas!

Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862)

0.16. La rosa de Elvira.

Dícenme los zagales:

¿Por qué no se marchita
la rosa que es su pecho
suele ponerse Elvira?

No vísteis - les respondo -
cual las nubes sombrías
se tiñen de encarnado
si el sol las ilumina.

Pues así de su rosa
los colores aviva Elvira con los rayos
que arrojan sus mejillas.

Simón Bergaño y Villegas (Siglo XVIII)

0.17. Letrilla.

Decidme, zagales,
¿qué fuerza tendrán
los ojos de Lesbia,
que así me hacen mal?

Desde que los vide
ni sé descansar;
perdí mi reposo,
no puedo parar.
Sin duda que fuego
oculto tendrán,
pues, cuando me miran,
me siento abrasar.
Mas no da este fuego
incomodidad,
sino solamente...
no lo sé explicar.

Decidme, zagales,
¿qué fuerza tendrán
los ojos de Lesbia,
que así me hacen mal?

Angel de Saavedra, Duque de Rivas (1791-1805)

0.18. Las quejas de su amor.

Bellísima parece
al vástago prendida,
gallarda y encendida
de abril la linda flor;
empero muy más bella
la virgen ruborosa
se muestra, al dar llorosa
las quejas de su amor

Suave es el acento
de dulce amante lira,
si al blando son suspira
de noche el trovador;
pero aun es más suave
la voz de la hermosura
si dice con ternura
las quejas de su amor

Grato es en noche umbría
al triste caminante
del amar radiante
mirar el resplandor;
empero es aun mas grato
al alma enamorada
oír de su adorada
las quejas de su amor

José de Espronceda (1808-1842)

0.19. Yo pienso en ti.

Yo pienso en ti, tú vives en mi mente
sola, fija, sin tregua, a toda hora,
aunque tal vez el rostro indiferente
no deje reflejar sobre mi frente
la llama que en silencio me devora.

En mi lóbrega y yerta fantasía
brilla tu imagen apacible y pura,
como el rayo de luz que el sol envía
a través de una bóveda sombría
al roto mármol de una sepultura.

Callado, inerte, en estupor profundo,
mi corazón se embarga y se enajena,
y allá en su centro vibra moribundo
cuando entre el vano estrépito del mundo
la melodía de tu nombre suena.

Sin lucha, sin afán y sin lamento,
sin agitarme en ciego frenesí,
sin proferir un solo, un leve acento,
las largas horas de la noche cuento
y pienso en ti.

José Batres Montufar (1809-1844)

0.20. ¿No es verdad ángel de amor?

¿No es verdad, ángel de amor,
que en esta apartada orilla
más pura la luna brilla
y se respira mejor?

Esta agua que vaga llena
de los sencillos olores
de las campesinas flores
que brota esa orilla amena;
esa agua limpia y serena
que atraviesa sin temor
la barca del pescador
que espera cantando al día,
¿no es verdad, paloma mía,
que están respirado amor?

Esa armonía que el viento
recoge entre los millares
de floridos olivares,
que agita con manso aliento
ese dulcísimo acento
con que trina el ruiseñor,
de sus copas morador
llamando al cercano día,
¿no es verdad, gacela mía,
que están respirando amor?

Y estas palabras que están
filtrando insensiblemente
tu corazón ya pendiente
de los labios de Don Juan,
y cuyas ideas van
inflamando en su interior
un fuego germinador
no encendido todavía,
¿no es verdad, estrella mía,
que están respirando amor?

Y esas dos líquidas perlas
que se despiden tranquilas
de tus radiantes pupilas
convidándome a beberlas,
evaporándose a no verlas
de si mismas al calor,
y ese encendido color
que en tu semblante no había,
¿no es verdad hermosa mía,
que están respirando amor?

José Zorrilla (1817-1893)

0.21. Amar y querer.

A la infiel mas infiel de las hermosas
un hombre la quería y yo la amaba;
y ella a un tiempo a los dos encantaba
con la miel de sus frases engañosas.

Mientras él, con sus flores venenosas,
queriéndola, su aliento emponzoñaba,
yo de ella ante los pies, que idolatraba,
acabadas de abrir echaba rosas

De su favor ya el aire arrecia;
mintió a los dos, y sufrirá el castigo
que uno la da por vil, y otro por necia

No hallará paz con él, ni bien conmigo;
él, que solo la quiso, la desprecia;
yo, que tanto la amaba, la maldigo.

Ramón de Campoamor (1817-1901)

0.22. Una niña menos.

A la vuelta de las viñas
de las viñas de mi pueblo,
Dolores se quedó atrás,
sola con sus pensamientos.

Delante, mis cinco hermanas
iban cantando y riendo,
y yo me acerqué a Dolores,
y la contemplé en silencio.

No era ya la alegre niña
que, rendida de sus juegos,
durmiéndose en mis brazos,
me despidió con un beso...

Triste y muda la encontraba;
bajaba sus ojos negros,
y respeto me infundía
su voluptuoso cuerpo.

Juntos por lo olivares
fuimos así mucho tiempo:
la soledad nos acercaba,
y la tarde iba cayendo.

-Dolores -le dije entonces-,
¿cuántos años tienes? -Tengo
-Me respondió avergonzada-,
diez y seis años y medio.

Y volvimos a callar,
y salió el primer lucero,
y el canto de mis hermanas
sonaba lejos, muy lejos.

Me despedí de Dolores
al acercarse el invierno...;
esta vez... ¡oh pobre niña!,
con lágrimas, no con besos.

Pasados algunos años,
desperté de otros ensueños...
Volví y la encontré casada...
Hoy me aseguran que ha muerto.

Recuerdo cuando me dijo:
-Tú me miraste el primero,
y desde aquella mirada
existió una niña menos-.

Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891)

0.23. Rimas.

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

Mientras las ondas las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;

mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;

mientras la humanidad, siempre avanzando,
no sepa a do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma,
sin que los labios rían;
mientras se llore sin que el llanto acuda
a nublar la pupila;

mientras el corazón y la cabeza
batallado prosigan;
mientras haya esperanza y recuerdos,
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira,

mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Gustavo Adolfo Becquer (1836-1890)

0.24. Los mejores ojos.

Ojos azules hay bellos,
hay ojos pardos que hechizan
y ojos negros que electrizan
con sus vívidos destellos.
Pero, fijándose en ellos,
se encuentra que, en conclusión,
los mejores ojos son,
por más que todos se alaben,
los que expresar mejor saben
lo que siente el corazón.

Cesar Conto (1836-1891)

0.25. La niña y la rosa.

Cruzando el bosque sombrío,
vio una niña junto al río
una rosa delicada
por el peso fatigada
de mil gotas de rocío.
Para aliviar su tormento,
el tallo agitóle ansiosa;
pero al primer movimiento
los pétalos de la rosa.
Se esparcieron en el viento.
Amaba la flor la niña,
y al verla muerta fué tanto
su sentimiento y su espanto,
que ensordeció la campiña
con el clamor de su llanto.
“Por la reina de las flores,
justo es -oh niña- que llores
-dijo la madre-, y advierte
que tú le has dado la muerte
por aliviar sus dolores.
Si no la hubieras tocado,
no se hubiera deshojado,
sin tu aflicción inoportuna,
las gotas una por una
se hubieran evaporado”.

Debéis, lectores, pensar,
que hay pesares en el alma
que se deben respetar
que nunca se han de tocar,
pues sólo el tiempo los calma.

José Rosas Moreno (1838-1883)

0.26. La última cita.

Recuerda la vez aquella:
mi labio prendido al tuyo,
la noche apacible y bella,
en cada nube una estrella,
y en cada flor un cocuyo.

Llena de rubor, de miedo,
junto a mí te veía,
y hablabas quedo, tan quedo,
que sólo yo saber puedo
lo que tu alma decía.

Quiero olvidar, pero en vano,
ese instante soberano
de nuestra antigua pasión;
libro que dejó tu mano
escrito en mi corazón.

¡Una flor y un sol de estío!
Al calor del desvarío
abriste tu alma esa noche,
para guardar en su broche
todo el sentimiento mío.

¡Como olvidar que, rendida
al mas amargo quebranto
trémula, triste, afligida,
con la faz descolorida,
llenos los ojos de llanto;

como el que al dolor resiste
alzaste el rostro, me viste,
y escuche un adiós tan triste,
que no lo puedo olvidar!

Era la revelación
de una triste decepción,
de una ausencia que sería
la sombra que apagaría
los sueños del corazón.

¡Ah! separarnos los dos,
cuando uno del otro en pos,
hallaba ventura y calma!...
¡Que triste sonó en el alma
aquella palabra: *¡Adiós!*

¡Ver aislada una existencia
que se había en otra fundido;
arrebatarle su esencia;
darle una sombra la ausencia;
darle un sepulcro el olvido!

Era ¡ay! un libro ignorado
nuestro sino desgraciado
Amar, y después... sufrir
ser un alma en el pasado,
dos en el porvenir.

Con tu adiós dejaste mudo
al corazón que allí pudo
oírlo, sufriendo ya;
era el último saludo
del que nunca volverá.

¿Qué hice al oírte? Confieso
que tan amargo dolor
aun queda en el alma impreso.
¡Que triste es juntar a un beso
un adiós desgarrador!

Me deslumbraba tu encanto;
al mirarnos, nuestro ser
era un astro, un fuego santo.
¡Que triste es mirarse tanto,
para no volverse a ver!

Nada huye del pensamiento:
¡que horrible fué aquel momento
que nos vino a separar!
Cada frase era un lamento,
cada suspiro un pesar.

Y vi como te alejabas,
y cómo, ingrata, dejabas,
un alma donde hubo dos...
Si era verdad que me amabas,
¿por qué me dijiste *adiós*?

Juan de Dios Peza (1852-1911)

0.27. Date Lilia.

Clava en mí tu pupila centellante
en donde el toque de la luz impresa
brilla como una chispa de diamante
engastada en una húmeda turquesa.

Deja que ruede libre tu cabello
como la linfa que desborda el cauce,
para que caiga en torno de tu cuello
como el follaje alrededor del sauce;

para que flote, resplandor de aurora
sobre tu rostro que el sonrojo empaña,
como esas tintas que el sol colora
la nieve que circunda la motaña;
para que el soplo de mi aliento vuele,
y tu ígneo labio, cuya esencia adoro,
ría a través, cual la amapola suele
roja y vivaz en el trigal de oro.

¡Habla! ¡Más sólo de placer! ¡Exhala
arrullo nupcial de la paloma!
¡Fuera de temor! La rosa de Benagala
no tiene espinas, mas tampoco aroma.

Tu acento de sirena me embelesa,
tu palabra es miel hiblea derramada,
tu boca, que cerrada es una fresa
se abre como se parte una granada.

Pero guardas silencio y te estremeces...
¿Por qué te aflige la mundana insidia?
Consuélate pensando que los jueces
que nos condenan, nos tendrán envidia.

¿No me oyes? ¿Cuál ha sido nuestra falta?
¿Es culpable la sed que apura el vaso?
¿Comete un crimen el raudal que salta
cuando halla un dique que le corta el paso?

¿Por que triste y glacial como la muda
estatua del dolor bajas la vista,
mientras tu mano anuda y desnuda
las puntas del pañuelo de batista?

¿Por qué esa gota en que expiró un reproche
corre por tu mejilla ruborosa
como un hilo de aljófar de la noche
por un tímido pétalo de rosa?

¿Por qué tu pecho en el que el candor anida
tiembla con ansia, cual batiendo el vuelo
palpita el ala de la garza herida,
que pugna en vano por alzarse al cielo?

Vamos ¡ya está! que cese tu quebranto...
¡Alza tu bella cabecita rubia,
quiero ver tu sonrisa entre tu llanto
como un rayo de sol entre la lluvia!

La palma vuelve su cogollo espeso
a aspirar aire con gentil donaire,
y ebria de amor en el festín del beso,
estalla en flores, perfumando el aire.

¡Imita al árbol del desierto! Sacia
tu afán de dicha y que tu canto vibre.
¡Ave María, en plenitud de gracia,
joven hermosa, idolatrada y libre!

Juan de Dios Peza (1852-1911)

0.28. Un beso nada mas.

Bésame con el beso de tu boca,
cariñosa mitad del alma mía;
un solo beso el corazón invoca,
que la dicha de dos... me mataría.

¡Un beso nada más!... Ya su perfume
en mi alma derramándose la embriaga,
y mi alma por tu beso se consume
y por mis labios impaciente vaga.

¡Júntese con la tuya!... Ya no puedo
lejos tenerla de tus labios rojos...
¡Pronto!... ¡dame tus labios!... tengo miedo
de ver tan cerca tus divinos ojos!

Hay un cielo, mujer, en tus brazos;
Siento de dicha el corazón opreso...
¡Oh! Sostenme en la vida de tus brazos
¡para que me mates con tu beso!

Manuel Flores (1853-1924)

0.29. La niña de Guatemala.

Quiero, a la sombra de un ala,
contar este cuento en flor:
la niña de Guatemala,
la que se murió de amor.

Eran de lirios los ramos;
y las orlas de reseda
y de jazmín; la enterramos
en una caja de seda...

Ella dio al desmemoriado
una almohadilla de olor;
él volvió, volvió casado;
ella se murió de amor.

Iban cargándola en andas
obispos y embajadores;
detrás iba el pueblo en tandas,
todo cargado de flores...

Ella, por volverlo a ver,
salió a verlo al mirador;
él volvió con su mujer,
ella se murió de amor.

Como de bronce candente,
al beso de despedida,
era su frente ¡la frente
que más he amado en mi vida!...

Se entró de tarde en el río,
la sacó muerta el doctor;
dicen que murió de frío,
yo sé que murió de amor.

Allí, en la bóveda helada,
la pusieron en dos bancos:
besé su mano afilada,
besé sus zapatos blancos.

Callado, al oscurecer,
me llamó el enterrador;
nunca más he vuelto a ver
a la que murió de amor.

José Martí (1853-1895)

0.30. A una dama.

Bailas por antojo que al mancebo engríe,
y “escotada” luces dos hechizos fuera,
y en el rubio monte de tu cabellera
una flor de grana bruscamente ríe.

¡Pasas, huyes, tornas y el placer deslíe
fósforo combusto que te pinta ojera;
y tu maridazo mira errar la hoguera
y nada barrunta que le contraríe!

¡Y en el rubio monte de tu cabellera
una flor de grana bruscamente ríe!

Salvador Díaz Mirón (1853-1928)

0.31. Engarce.

El misterio nocturno era divino.
Eudora estaba como nunca bella,
y tenía en los ojos la centella,
la luz de un gozo conquistado al vino.

De alto balcón apostrofóme a tino;
y rostro al cielo departí con ella
tierno y audaz, como con una estrella...
¡Oh qué timbre de voz trémulo y fino!

¡Y aquel fruto vedado e indiscreto
se puso el manto, se quitó el decoro,
y fue conmigo a responder a un reto!

¡Aventura feliz! –La rememoro
con inútil afán; y en un soneto
monto un suspiro como perla de oro.

Salvador Díaz Mirón (1853-1928)

0.32. A Berta.

Ya que eres grata como el cariño,
ya que eres bella como el querub,
ya que eres blanca como el armiño,
se siempre ingenua, ¡se siempre tú!

El torpe engaño que el vicio fragua
nunca se aviene con la virtud.
Se transparente como el agua,
como es el aire, ¡como es la luz!

Que tu palabra –dulce armonía
que tu alma exhala como un laúd,
como una alondra que anuncia el día
presa en la sombra que flota aún–

sea un arroyo sereno y puro
do al inclinarse como un sauz,
mire las guijas del fondo oscuro
y las estrellas del cielo azul.

Salvador Díaz Mirón (1853-1928)

0.33. A Inés.

Ojos de amoroso fuego
labios de claveles rojos
Dios te dio,
mejillas do el niño ciego
hace brotar los sonrojos
del sentimiento y rubor.

Si llevas en tu semblante
y en tu alma pura, belleza
¿a qué mas?

Ver sin temor adelante,
que tu vida la tristeza
no puede amargar jamás
Feliz a quien se conceda
disipar tristes enojos
con tu amor.

Feliz el que amarte pueda,
ser esclavo de tus ojos,
señor de tu corazón.

Salvador Díaz Mirón (1853-1928)

0.34. Deseo.

¿No ves cuál prende la flexible yedra
entre las grietas del altar sombrío?
Pues como enlaza la marmórea piedra
quiero enlazar tu corazón, bien mío.

¿Ves cuál penetra el rayo de luna
las quietas ondas sin turbar su calma?
Pues tal como se interna en la laguna,
quiero bajar al fondo de tu alma.

Quiero en tu corazón, sencillo y tierno,
acurrucar mis sueños entumidos,
como al llegar las noches del invierno
se acurrucan las aves en sus nidos.

Manuel Gutiérrez Nájera

0.35. Invitación al amor.

¿Por qué, señora, con severa mano
cerráis el carmín de los amores,
si hay notas de cristal en el piano
y en los jarrones de alabastro flores?

¿Por qué cerrar la habitación secreta
y atar las rojas alas del deseo,
a la hora misteriosa en que Julieta
oyó crujir la escala de Romeo?

¿Habré sido tal vez en vuestra vida
rápida exhalación, perfume vago,
sombra de un ave, que en veloz huída
se desvanece, sin rugar el lago?

¿Nada os habló de nuestro amor perdido?
¿Ni el lirio azul, ni la camelia roja,
ni la fuente de mármol esculpido
que vuestras verdes parietarias moja?

¿Nada os habló de mi? ¿Ni los carmines
que os salen si me veis, a la mejilla,
ni vuestra alcoba azul, ni los cojines
que dibujan, hundidos, mi rodilla?

¿No oís la voz del viento que es estrella,
de vuestra reja en los calados bronces?
Muy negra está la noche... ¡como aquélla!
y desierta la calle... ¡como entonces!

¡Ah, vuestro labio sin piedad mentía,
no ha muerto aún nuestra pasión, señora;
no cantan las alondras todavía,
ni se estremece en el cristal la aurora!

Vano temor, escrúpulo cobarde,
nuestras almas desune y nos aleja:
dejadme pues que silencioso aguarde,
y que os vele de pie junto a la reja.

Permitid que tenaz y enamorado
contemple vuestro cuerpo de sultana,
y admire por la sombra recatado
vuestro cutis de tersa porcelana.

Dejadme ver, inquietas y curiosas,
vuestras pupilas a través del velo,
y que me hablen de amor como a las rosas
les hablan las estrellas desde el cielo.

No: no es verdad que vuestro amor ha muerto.
Por mas que la borrasca nos desuna:
el niño vive aún, está despierto
y nos tiende los brazos en la cuna.

Manuel Gutiérrez Nájera

0.36. El lunar.

Ni el candor de tu rostro, que revela
que tu sensible corazón dormita,
ni tu mórbido seno que palpita,
ni tu inocente gracia que consuela;

ni tus brillantes ojos de gacela
ni tu boca de grana, urna bendita
donde un beso parece que se agita
cual mariposa que volar anhela,

inspiran mas al alma enamorada,
por tus encantos celestiales loca
y a tu yugo hace tiempo encadenada,

que ese lunar que adoración provoca...
¡pequeña, fugitiva pincelada
que el Amor quiso dar junto a tu boca!

Nicolás Augusto González (1858-1918)

0.37. Ónix.

Torvo fraile del templo solitario,
que al fulgor de noturno lampadarío
o la pálida luz de las auroras
desgranas de tus cuentas el rosario...
¡Yo quisiera llorar como tú lloras! Porque la fe en mi pecho solitario
se extinguió como el turbio lampadarío
entre la luz roja de las auroras,
y mi vida en un fúnebre rosario
más triste que las lágrimas que lloras.

Casto amador de pálida hermosura
o torpe amante de sensual impura,
que vas -novio feliz o amante ciego-
llena el alma de amor o de amargura...
¡Yo quisiera abrazarme con tu fuego!
Porque no me seduce la hermosura,
ni el casto amor, ni la pasión impura;
porque en mi corazón dormido y ciego
ha caído un gran soplo de amargura,
que también pudo ser lluvia de fuego

¡Oh guerrero de lírica memoria,
que al asir el laurel de la victoria
caíste herido con el pecho abierto
para vivir la vida de la gloria!...
¡Yo quisiera morir como tu has muerto!
Porque el templo sin luz de mi memoria,
sus escudos triunfales la victoria
no ha llegado a colgar; porque no ha abierto
el relámpago de oro de la Gloria
mi corazón obscurecido y muerto...

Fraile amante yo quisiera
saber qué obscuro advenimiento espera
el amor infinito de mi alma,
si de mi vida en la tediosa calma
no hay un dios, ni un amor, ni una bandera.

José Juan Tablada (1871-1946)

0.38. Cuando sepas hallar una sonrisa.

Cuando sepas hallar una sonrisa
en la gota sutil que se rezuma
de las porosas piedras, en la bruma,
en el sol, en el ave, y en la brisa;

cuando nada a tus ojos quede inerte,
ni infome, ni incoloro, ni lejano,
y penetres la vida y el arcano
del silencio, las sombras y la muerte;

cuando tiendas la vista a los diversos
rumbos del cosmos y, tu esfuerzo propio
se como potente microscopio
que va hallando invisibles universos,

entonces en las flamas de la hoguera
de un amor infinito y sobrehumano,
como el santo de Asís, dirás hermano
al árbol, al celaje y a la fiera.

Sentirás en la inmensa muchedumbre
de seres y de cosas tu ser mismo;
serás todo pavor con el abismo
y serás todo orgullo con la cumbre.

Sacudirá tu amor el polvo infecto
que macula el blancor de la azucena,
bendecirás las márgenes de arena
y adorarás el vuelo del insecto;

y besarás el garfio del espino
y el sedño ropaje de las dalias...
Y quitarás piadoso tus sandalias
por no herir a las piedras del camino.

Enrique González Martínez. (1871-1952)

0.39. Oceánida.

El mar, lleno de urgencias masculinas,
bramaba alrededor de tu cintura,
y como un brazo colosal, la oscura
ribera te amparaba, en tus retinas,

y en tus cabellos y en tu astral blancura,
rieló con decadencias opalinas,
esa luz de las tardes mortecinas
que en el agua pacífica perdura.

Palpitando a los ritmos de tu seno,
hinchóse en una ola el mar sereno;
para hundirte en sus vértigos felinos

su voz te dijo una caricia vaga,
y al penetrar entre tus muslos finos,
la onda se aguzó como una daga.

Leopoldo Lugones (1874-1933)

0.40. La niña de la lámpara azul.

En el pasadizo nebuloso,
con mágico sueño de Estambul,
su perfil presenta destelloso
la niña de la lámpara azul.

Ágil y risueña se insinúa
y su llama seductora brilla;
tiembla en su cabello la garúa
de la playa de la maravilla

Con voz infantil y melodiosa,
con fresco aroma de abedul
habla de una vida milagrosa
la niña de la lámpara azul.

Con cálidos ojos de dulzura
y besos de amor matutino,
me ofrece la bella criatura
un milagro y celeste camino.

José M^a Eguren (1875-1942)

0.41. Mañana de luz.

Dios está azul. La flauta y el tambor
anuncian ya la luz de primavera.
¡Vivan las rosas, las rosas de amor,
entre el verdor con sol de la pradera!

*Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...*

Le pregunté: “¿Me dejas que te quiera”
Me respondió bromeando su pasión:
“Cuando florezca la luz de primavera
voy a quererte con todo el corazón”.

*Vámonos al campo por romero,
vámonos, vámonos
por romero y por amor...*

“Ya floreció la luz de primavera.
¡Amor, la luz, amor, ya floreció!”
Me respondió: “¿Tú quieres que te quiera?”
¡Y la mañana de luz me traspasó!

Alegran flauta y tambor nuestra bandera,
la primavera está aquí con la ilusión...
¡Mi novia es la rosa verdadera
y va a quererme con todo el corazón!

Juan Ramón Jiménez (1881-1956)

0.42. El elogio de la amada.

Porque fuiste ligera como el ala del ave,
porque fuiste dorada como gota de miel,
porque fuiste piadosa, porque fuiste suave,
porque en mi vida fuiste como un fresco laurel;

porque la vida puso su fragancia de rosas
sobre la primavera de tu gracia y poder,
porque huelen a nardo tus palabras jugosas
y trasciende a verbena tu carne de mujer;

porque ayer fuiste mía; porque fuiste en la hora
de mi dolor, un ensueño que alivió mi pesar;
porque tu sueño tuvo claridades de aurora
y floreció en tus labios siempre un nuevo cantar;

Porque la brisa dice “Ella es fresca y es clara”,
porque dice el Ensueño: “¡Yo no te podré dar
una canción como ella tan luminosa y rara;
porque como ella acaso yo no te haré soñar!”

Porque la Vida dobla la rodilla a tu paso
y unta flores y mieles en mi vieja canción;
¡porque no hay un abrigo como fue tu regazo,
ni un sostén tan seguro como tu corazón!...

Porque a tu luz el verso fue chorro diamantino,
y fue a tu sombra el ritmo maravilloso flor,
bendícete los años que hicieron mi camino
por tu goce presente, por mi viejo dolor.

Miguel D. Martínez Rendón.

0.43. Misterio.

En sueños te conocí,
y, del amor peregrino,
he adivinado el camino
para llegar hasta ti.
Tras de aquel sueño corrí
con el dulce y loco empeño
de ser tu esclavo y tu dueño...
Pero aún tú no me contestaste
por qué camino llegaste
a penetrar en mi sueño.

Manuel Machado (1874-1947)

0.44. Soñé que tú me llevabas...

Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.

Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera
¡Eran tu voz y tu mano,
en sueños, tan verdaderas!...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

Antonio Machado. (1875-1939)

0.45. Huye del triste amor, amor pacato...

Huye del triste amor, amor pacato,
sin peligro, sin venda ni aventura,
que espera del amor prenda segura,
porque en amor locura es lo sensato.

Ese que el pecho esquivaba al niño ciego
y blasfemó del fuego de la vida,
de una brasa pensada, y no encendida,
quiere ceniza que le guarde el fuego.

Y ceniza hallará, no de su llama,
cuando descubra el torpe desvarío
que pedía, sin flor fruto en la rama.

Con negra llave el aposento frío
de su tiempo abrirá. ¡Despierta cama,
y turbio espejo y corazón vacío!

Antonio Machado (1875-1939)

0.46. Voto.

Destaparé mis ánforas de esencia
y prenderé mis candelabros de oro
cuando la diosa pálida que adoro
llene mi soledad con su presencia.

En su pelo de blonda refulgencia
y en el labio odorífico y sonoro
hay el fulgor de un candelabro de oro
y el perfume de un ánfora de esencia.

Vendrá con su ropaje de inocencia
e incitando mi ardor con su decoro,
pero al fin gozaré de su opulencia
en medio de mis ánforas de esencia
y mis ardientes candelabros de oro.

Efren Rebolledo (1877-1929)

0.47. ¡Mañana de primavera!

¡Mañana de primavera!

Vino ella a besarme, cuando

una alondra mañanera

subió del surco, cantando:

“¡Mañana de primavera!”

Le hablé de una mariposa

blaca, que vi en el sendero;

y ella dándome una rosa,

me dijo: “¡Cuánto te quiero!

¡No sabes lo que te quiero!”

¡Guardaba en sus labios rojos

tantos besos para mí!

Yo le besaba los ojos...

-“¡Mis ojos son para ti;

tú para mis labios rojos!”

El cielo de primavera

era azul de paz y olvido...

Una alondra mañanera

cantó en el huerto aun dormido.

Luz y cristal su voz era

en el surco removido...

¡Mañana de primavera!

Juan Ramón Jiménez (1881-1956)

0.48. Copos de espuma.

Bajo el jardín nupcial de tus amores,
sobre al grama del jardín dormido,
hallé en tu boca delicado nido
para arrullar mis pálido ardores.

La tarde vino llena de fulgores
a iluminar el tálamo escondido
y acarició en tu rostro florecido
las rosas de tus místicos pudores.

La tarde, al fin, se fue... Tras de sus pasos,
en la pompa ducal de los ocasos,
abrió los ojos el celeste coro.

Y en el cansancio azul de tu pupila
fue la noche como una mar tranquila
que se rizara como espuma de oro.

Ricardo Miró (1883-1940)

0.49. Fue en un jardín.

Fue en un jardín, en tálamo de flores,
bajo la media luz de media luna,
entre estatuas desnudas al son de una
música de agua de los surtidores.

A mi ímpetu sensual cayó rendida
virgen en flor... El goce fue infinito.

Un sollozo, un suspiro, un beso, un grito...
y un olvido supremo de la vida.

Entre mis brazos retorcióse loca,
convulsionada en el espasmo ardiente,
¡De su sangre el sabor sentí en mi boca!

Y cuando, en calma ya, la dije “¡Mía!”
noté entre las estatuas de la fuente
la cabeza de un fauno que reía.

Felipe Sassone (1884-1959)

0.50. Canción de la amada en trusa.

¡Me places mejor en trusa!

¡Ay, que intentan escapar
tus senos bajo la blusa
camino del palomar!

¡Me places mejor en trusa!

En ti resuena el cantar
del agua cuando se aguza
queriéndote acariciar.

¡Me places mejor en trusa!

Vaciado en plata difusa
tu cuerpo -gladiolo impar-
es un delfín que se usa
para verano en el mar.

¡Me places mejor en trusa!

En tu carne de pelusa
de melocotón solar
anima la llama ilusa
que en su ramazón profusa
el flamboyant quiere alzar.

¡Me places mejor en trusa!

¡Cuan dulce suena el cantar
de hipnótica cornamusa
que el viento de marzo azuza
en medio del platanar...!

¡Me places mejor en trusa!

Gilberto González y Contreras († 1953)

0.51. Nupcial.

Con indecisa y temerosa mano
la novia aparta de la casta frente
el ramo de azahar desfalleciente
que blanco nimba su perfil pagano.

Y en medio de la noche, en el cercano
jardín susurra un céfiro impaciente
que trae con el eco de una fuente
la voluptuosa fiebre de verano

Ya cierran la ventana. Claro lampo
de luna llena por las nubes vaga.
Tiembla la noche en el rumor del campo.

Y del divino amor en los altares,
a tiempo que la lámpara se apaga,
se mueren de pudor los azahares.

Arturo Capdevila (1889)

0.52. El alma tenías...

El alma tenías
tan clara y abierta
que yo nunca pude
entrarme en tu alma.
Busqué los atajos
angostos, los pasos
altos y difíciles...
A tu alma se iba
por caminos anchos.
Preparé alta escala
—soñaba altos muros
guardándote el alma—,
pero el alma tuya
estaba sin guarda
de tapial ni cerca.
Te busqué la puerta
estrecha del alma,
pero no tenía,
de franca que era,
entrada tu alma.
¿En dónde empezaba?
¿Acababa, en dónde?
Me quedé por siempre
sentado en las vagas
lindes de tu alma.

Pedro Salinas (1892)

0.53. La casada infiel.

Y que yo me la llevé al río
creyendo que era mozuela,
pero tenía marido.
Fue la noche se Santiago
y casi por compromiso.
Se apagaron los faroles
y se escondieron los grillos.
En las últimas esquinas
toqué sus pechos dormidos,
y se me abrieron de pronto
como ramos de jacintos.
El almidón de enagua
me sonaba en el oído
como una pieza de seda
rasgada por cien cuchillos.
Sin luz de plata en sus copas
los árboles han crecido
y un horizonte de perros
ladra muy lejos del río.

Pasadas las zarzamoras,
los juncos y los espinos,
bajo su mata de pelo
hice un hoyo sobre el limo
Yo me quité la corbata.
Ella se quitó el vestido.
Yo el cinturón con revólver.
Ella sus cuatro corpiños.

Ni nardos ni caracolas
tienen el cutis tan fino,
ni los cristales con luna
relumbran con ese brillo.
Sus muslos se me escapaban
como peces sorprendidos,
la mitad llenos de lumbre,
la mitad llenos de frío.
Aquella noche corrí
el mejor de los caminos
montado en potra de nácar
sin bridas y sin estribos.
No quiero decir, por hombre,
las cosas que ella me dijo.
La luz del entendimiento
me hace sentir muy comedido.
Sucia de besos y arena
yo me la llevé del río.
Con el aire se batían
las espadas de los lirios.

Me porté como quién soy.
Como un gitano legítimo.
Le regale un costurero
grande de raso pajizo,
y no quise enamorarme
porque teniendo marido
me dijo que era mozuela
cuando la llevaba al río.

Federico García Lorca (1899-1936)

0.54. Soneto.

Amor de mis entrañas, viva muerte,
en vano espero tu palabra escrita
y pienso con la flor que se marchita
que si vivo sin mí, quiero perderte.

El aire es inmortal. La piedra inerte
ni conoce la sombra ni la evita,
corazón interior, no necesita
la miel helada que la luna vierte.

Pero yo te sufrí, rasgué mis venas,
tigre y paloma sobre su cintura
en duelo de mordiscos y azucenas.

Llena, pues, de palabras mi locura,
o déjame vivir en mi serena
noche del alma para siempre oscura

Federico García Lorca (1899-1936)

0.55. Vergüenza.

Si tú me miras, yo me vuelvo hermosa
como la yerba a que bajó el rocío
y desconocerán mi faz gloriosa
las altas cañas cuando bajé al río.

Tengo vergüenza de mi boca triste,
de mi voz rota y mis rodillas rudas;
ahora que me miraste y que viniste,
me encontré pobre y me palpé desnuda.

Ninguna piedra en el camino hallaste
más desnuda de luz en la alborada
que esta mujer a la que levantaste,
porque oíste su canto, la mirada.

Yo callaré para que no conozcan
mi dicha los que pasan por el llano
en el fulgor que da mi frente tosca
y en la tremolación que hay en mi mano...

Es noche y baja a la hierba el rocío;
mírame largo y habla con ternura,
¡que ya mañana al descender el río
la que besaste llevará hermosura!

Gabriela Mistral (1889-1957)

0.56. ¿Conoce alguien el amor?

¿Conoce alguien el amor?
¡El amor es sueño sin fin!
Es como un lánguido sopor
entre las flores de un jardín...
¿Conoce alguien el amor?
Es un anhelo misterioso
que al labio hace suspirar,
torna al cobarde el valeroso
y al más valiente hace temblar;
es un perfume embriagador
que deja pálida la faz;
en la palmera de la paz
en los desiertos del dolor...
¿Conoce alguien el amor?
Es una senda florecida,
Es un licor que te hace olvidar
todas las glorias de la vida,
menos la gloria de amar...
Es paz en medio de la guerra.
Fundirse en uno, siendo dos...
¡La única dicha que en la tierra
a los creyentes les da Dios!
Quedarse inmóvil y cerrar
los ojos para mejor ver;
y bajo un beso adormecer...,
y bajo un beso despertar...
Es un fulgor que hace cegar,
¡es como un huerto todo en flor
que nos convida a reposar!
¿Conoce alguien el amor?
¡Todos conocen el amor!

El amor es como un jardín
envenenado de dolor...
donde el dolor no tiene fin.
¡Todos conocen el amor!
Es como un áspid venenoso
que siempre sabe empozoñar
al noble pecho generoso
donde le quieren alentar.
Al más leal hace traidor,
es la ceguera del abismo
y la ilusión del espejismo...
en los desiertos del dolor.
¡Todos conocen el amor!
¡Es laberinto sin salida,
es una ola de pesar
que nos arroja de la vida
como a los náufragos el mar
Provocación de toda guerra...,
sufrir en uno las de dos...
¡La mayor pena que en la tierra
a los creyentes les da Dios!
Es un perpetuo agonizar,
un alarido, un estertor,
que hace al mas santo blasfemar...
¡Todos conocen el amor!

Francisco Villaespesa (1879-1936)

0.57. El reino de las almas.

La noche amorosa sobre los amantes
tiende su velo en el dosiel nupcial.
La noche ha prendido sus claros diamantes
en el terciopelo de un cielo estival.
El jardín en sombra no tiene colores,
y en el misterio de su obscuridad
susurro el follaje, aroma las flores,
y amor... un deseo dulce de llorar.
La voz que suspira y la voz que canta
y la voz que dice palabras de amor,
impiedad parecen en la noche santa,
como una blasfemia entre una oración.
¡Alma del silencio, que yo reverencio,
tiene tu silencio la inefable voz
de los que murieron amando en silencio,
de los callaron muriendo de amor,
de los que en la vida, por amarnos mucho,
tal vez no supieron su amor expresar!
¿No es su voz acaso que en la noche escucho
y cuando amor dice, dice eternidad?
¡Madre de mi alma!, ¿no es luz de tus ojos
la luz de esa estrella
que como una lágrima de amor infinito
en la noche tiembla?
¡Dile a la que hoy amo que yo no amé nunca
más que a ti en la tierra,
y desde que has muerto, sólo me ha besado
la luz de es estrella!

Jacinto Benavente (1866-1956)

0.58. Sonatina.

La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro.
Está mudo el teclado de su clave sonoro,
y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.

El jardín puebla el triunfo de los pavos reales.
Parlanchina, la dueña dice cosas banales,
y, vestido de rojo, piruetea el bufón.
La princesa no ríe, la princesa no siente;
la princesa persigue por el cielo de Oriente
la libélula vaga de una vaga ilusión.

¿Piensa acaso en el príncipe de Golconda o de China,
o en el que ha detenido su carroza argentina
para ver de sus ojos la dulzura de luz?
¿O en el rey de las Islas de las Rosas fragantes,
en el que es soberano de los claros diamantes,
o en el dueño orgulloso de las perlas de Ormuz?

¡Ay! La pobre princesa de la boca de rosa,
quiere ser golondrina, quiere ser mariposa,
tener alas ligeras, bajo el cielo volar,
ir al sol por la escala luminosa de un rayo,
saludar a los lirios con los versos de Mayo,
o perderse en el viento sobre el trueno del mar.

Ya no quiere el palacio, ni la rueca de plata,
ni el halcón encantado, ni el bufón escarlata,
ni los cisnes unánimes en el lago de azur.
Y están tristes las flores por la flor de la corte,
los jazmines de Oriente, los nelumbos del Norte,
de Occidente las dalias y las rosas del Sur.

¡Pobrecita princesa de los ojos azules!
Está presa en sus oros, está presa en sus tules,
en la jaula de mármol del palacio real;
el palacio soberbio que vigilan los guardas,
que custodian cien negros con sus cien alabardas,
un lebrele que no duerme y un dragón colosal.

¡Oh quién fuera Hipsipila que dejó la crisálida!
(La princesa está triste. La princesa está pálida)
¡Oh visión adorada de oro, rosa y marfil!
¡Quién volara a la tierra donde un príncipe existe
(La princesa está pálida. La princesa está triste)
más brillante que el alba, más hermoso que Abril!

¡Calla, calla, princesa —dice el hada madrina—,
en caballo con alas, hacia acá se encamina,
en el cinto la espada y en la mano el azor,
el feliz caballero que te adora sin verte,
y que llega de lejos, vencedor de la Muerte,
a encenderte los labios con su beso de amor!

Rubén Darío (1867-1916)

0.59. Caso.

A un cruzado caballero,
garrido y noble garzón,
en el palenque guerrero
le clavaron un acero
tan cerca del corazón,
que el físico al contemplarle,
tras verle y examinarle,
dijo: “Quedará sin vida
si se pretende sacarle
el venablo de la herida”.

Por el dolor congojado,
triste, débil, desangrado,
después que tanto sufrió,
con el acero clavado
el caballero murió.

Pues el físico decía
que, en dicho caso, quien
una herida tal tenía,
con el venablo moría,
sin el venablo también.

¿No comprendes, Asunción,
la historia que te he contado,
la del garrido garzón
con el acero clavado
muy cerca del corazón?

Pues el caso es verdadero;
yo soy el herido, ingrata,
y tu amor es el acero:
¡si me lo quitas, me muero;
si me lo dejas, me mata!

Ruben Darío (1867-1916)

0.60. El día que me quieras.

El día que me quieras tendrá más luz que junio;
la noche que me quieras será de plenilunio,
con notas de Beethoven vibrando en cada rayo
sus inefables cosas,
y habrá juntas más rosas
que en todo el mes de mayo.

Las fuentes cristalinas
irán por las laderas
saltando cantarinas
el día que me quieras.

El día que me quieras, los sotos escondidos
resonarán arpegios nunca jamás oídos.
Éxtasis de tus ojos, todas las primaveras
que hubo y habrá en el mundo serán cuando me quieras.

Cogidas de la mano cual rubias hermanitas
luciendo golas candidas, irán las margaritas
por montes y praderas,
delante de tus pasos, el día que me quieras...
y su deshojas una, te dirá su inocente
postrer pétalo blanco: ¡Apasionadamente!
Al reventar el alba del día que me quieras
tendrán todos los tréboles cuatro hojas agoreras,
y en el estanque, nido de gérmenes ignotos,
florecerán las místicas corolas de los lotos.

El día que me quieras será cada celaje
ala maravillosa, cada arrebol miraje
de “Las Mil y Una Noches”, cada brisa un cantar,
cada árbol una lira, cada monte un altar.

El día que me quieras, para nosotros dos
cabrá en un solo beso la beatitud de Dios.

Amado Nervo (1870-1919)

0.61. Tan rubia es la niña, que...

¡Tan rubia es la niña, que
cuando hay sol no se la ve!

Parece que se difunde
en el rayo matinal,
que con la luz se confunde
su silueta de cristal
tinta en rosa, y parece
que en la claridad del día
se desvanece
la niña mía.

Si se asoma mi Damiana
a la ventana y colora
la aurora su tez lozana
de albérchigo y terciopelo,
no se sabe si la aurora
ha salido a la ventana
antes que salir al cielo.

Damiana en el arrebol
de la mañanita se
diluye, y sale el sol,
por rubia... ¡no se la ve!

Amado Nervo (1870-1919)

0.62. Gratia Plena.

Todo en ella encantaba, todo en ella atraía
su mirada, su gesto, su sonrisa, su andar...
El ingenio de Francia de su boca fluía,
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Ingenua como el agua, diáfana como el día,
rubia y nevada como Margarita sin par,
al influjo de su alma celeste amanecía,
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Cierta dulce y amable dignidad la investía
de no sé qué prestigio lejano y singular,
más que muchas princesas, princesa parecía:
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

Yo gocé el privilegio de encontrarla en mi vía
dolorosa; por ella tuvo fin mi anhelar,
y cadencias arcanas halló mi poesía.
Era llena de gracia, como el Avemaría;
¡quien la vio no la pudo ya jamás olvidar!

¡Cuánto, cuánto más la quise! ¡Por diez,
pero florea tan bellas no pueden durar!
Era llena de gracia, como el Avemaría;
y a la fuente de gracia, de donde procedía,
se volvió... como gota que se vuelve a la mar.

Amado Nervo (1870-1919)

0.63. El beso.

Era un cautivo beso enamorado
de una mano de nieve, que tenía
la apariencia de un lirio desmayado
y el palpitar de un ave en agonía.

Y sucedió que un día,
aquella mano suave,
de palidez de cirio,
de languidez de lirio,
de palpitar de ave...,

se acercó tanto a la prisión del beso,
que ya no pudo más el pobre preso
y se escapó; mas con voluble giro,
huyó la mano hasta el confín lejano,
y el beso, que volaba tras la mano,
rompiendo el aire, se volvió suspiro.

Luis G. Urbina (1867-1936)

0.64. Alma venturosa.

Al promediar la tarde de aquel día,
cuando iba mi habitual adiós a darte
fue una vaga congoja de dejarte,
lo que me hizo saber que te quería

Tu alma, sin comprenderlo ya sabía...
con tu rubor me iluminó al hablarte,
y al separarnos te pusiste aparte
del grupo, amedrentada todavía.

Fue el silencio y temblor nuestra sorpresa,
mas ya la plenitud de la promesa
nos infundía un júbilo tan blando,

que nuestros labios suspiraron quedos...
y tu alma estremecía en tus dedos
como si se estuviera deshojando

Leopoldo Lugones (1874-1933)

0.65. La máscara japonesa.

Cuando te boce me besa,
pequeñita regalona,
hace una mueca burlona
la máscara japonesa

Si tu mano de princesa
dice que nome perdona,
se pone larga y tristona
la máscara japonesa.

En las noches invernales,
su oblicuo mirar añora
tibias siestas orientales;

y tal vez en su tristeza,
sin que lo sepamos, llora
la máscara japonesa.

Carlos Prendez Saldias

0.66. Luz.

Anduve en la vida preguntas haciendo,
muriendo de tedio, de tedio muriendo.

Rieron los hombres de mi desvarío...
Es grande la tierra. Se ríen... Yo río..

Escuché palabras; ¡abundan palabras!
Unas son alegres, otras son macabras.

No pude entenderlas; pedí a las estrellas
lenguaje más claro, palabras más bellas.

Las dulces estrellas me dieron tu vida,
y encontré en tus ojos la verdad perdida.

¡Oh tus ojos llenos de verdades tantas,
tus ojos oscuros donde el orbe mido!
Segura de todo me tiro a tus plantas:
descanso y olvido.

Alfonsina Storni (1892-1938)

0.67. La hora.

Tómame ahora que aun es temprano
y que llevo dalias nuevas en la mano.

Tómame ahora que aun es sombría
esta taciturna cabellera mía.

Ahora que tengo la carne olorosa
y los ojos limpios y la piel de rosa.

Ahora que calza mi planta ligera
la sandalia viva de primavera.

Ahora que en mis labios repica la risa
como una campana sacudida a prisa.

Después..., ¡ah, yo sé
que ya nada de eso más tarde tendré!

Que entonces inútil será tu deseo,
como ofrenda puesta sobre un mausoleo.

¡Tómame ahora que aun es temprano
y que tengo rica de nardos la mano!

Hoy, y no más tarde. Antes que anochezca
y se vuelva mustia la corola fresca,

Hoy, y no mañana. ¡Oh amante!, ¿no ves
que la enredadera crecerá ciprés?

Juana de Ibarborou

0.68. El dulce milagro.

¿Que es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis manos crecen.
Mi amante besóme las manos y en ellas,
¡oh gracia!, brotaron rosas como estrellas.

Y voy por la senda voceando el encanto
y de dicha alterno sonrisa y con llanto
y bajo el milagro de mi encantamiento
se aroman de rosas las alas del viento

Y murmura al verme la gente que pasa:
“¿No veis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dice que en las manos la han nacido rosas
y las va agitando como mariposas!”

¡Ah, pobre la gente que nunca comprende
un milagro de éstos y que sólo entiende
que no nacen rosas más que en los rosales
y que no hay más trigo que el de los trigales

Que requiere líneas de color y forma
y que solo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice “Voy con la dulzura”
de inmediato buscan a la criatura.

Que me digan loca, que en celda me encierren,
que con siete llaves la puerta me cierren,
que junto a la puerta pongan un lebrel,
cercelero rudo, carcelero fiel.

Cantaré lo mismo: “Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas, a mis dedos crecen”
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia
de un inmenso ramo de rosas de Francia!

Juana de Ibarborou

0.69. Rumbo.

I

Por invocada soledad te miro
llegar de nube blanca revestida.
Llora la sombra sombras de zafiro
en sortija de luz descolorida.

Sábanas de crespón cuando te miro
ponen de luto el aire. Da la vida
trémolos de cristal cuando te miro
llegar de la nube blanca revestida.

Por invocada soledad, sendero
de las sombras de hoy y de mañana
ábrase al paso frío de enero.

Dilata sombras artificio lento
y en esta soledad resulta vana
la imagen que de ti miro, invento.

II

Por tenida de ausente amarga ausencia
da a mis sentidos negra vestidura;
te recuerdo de ayer y brilla pura
la actualidad frutal de tu presencia

Mi ávido luto asalta tu inocencia.
Dolor de mi lejanía se madura
en verso vano que huye transparencia.
Mi brazo imita curvas de cintura.

Si tu distancia niega mi beleño
en desquite a mi vienes temblorosa
sobre la nube impávida del sueño

Y cuando estás en mi, frutal y alada,
ausente Amor que tu presencia goza
no dice del rencor gloria pasada.

Héctor Perez Martínez

0.70. Alusión a los cabellos castaños.

Así como fui yo, así como eras tu,
en la penumbra inocua de nuestra juventud,
así quisiera ser,
mas ya no pudo ser.

Como ya no seremos como fuimos entonces,
cuando límpida el alma trasmutaba en pecado
el más leve placer.

Cuando el mundo y tu eran sonrosada sorpresa.
Cuando hablar yo solo, dialogando contigo,
es decir, con tu sombra,
por las calles desiertas,
y la luna bermeja era dulce incentivo
para idilios de gatos, fechorías de ladrones
y soñar de poetas.

Cuando el orbe rodaba sin que yo lo sintiera,
cuando yo te adoraba sin que tú lo supieras
—aunque siempre lo sabes, aunque siempre lo sepas—
y el invierno era un tropo y eras tú primavera
y el romántico otoño corretear de hojas secas.

Tú que nunca cuidaste del rigor de los años
ni supiste el castigo de un marchito ropaje;
tú que siempre tuviste los cabellos castaños
y la tersa epidermis, satinado follaje.

Tus cabellos castaños, tus castaños cabellos
por volver a besarlos con el viejo fervor,
vendería yo la ciencia que compré con dolor
y la tela de araña que tejí en sueños.

Así como fui yo, así como eras tú,
en la inconciencia tórrida de nuestra juventud,
así quisiera ser,
mas ya no puede ser. . .

Renato Leduc

0.71. Visión.

En la penumbra de la alcoba triste,
sin que nadie turbara nuestro ensueño,
la blanca rosa de tu amor me diste
como tributo de mi malsano empeño.

Poco después, cuando con triste llanto
reprochabas más trágicos excesos,
volví a estrujar tu cuerpecito santo
y a ofender tus mejillas con mis besos.

Tu divina figura es la culpable
de la crueldad con que yo te he tratado,
porque siendo tan bella, eres deseable,
y yo te amé con ansia, enamorado.

Por tu hermosura te besé en la boca
y por ella burlé tu real pureza;
la causa fue de que mi mente loca
olvidara un momento su nobleza.

Y ésa es la causa que perdón no imploro
a tu leal corazón, que es tan amante;
llora..., no importa, pues tu justo lloro
más bella te hace ser, más incitante.

Ernesto R. Ahumada